fuera de esa verdad todo es error, y fuera de esa vida todo es muerte, y siendo Jesucristo el modelo de todos los estados y condiciones, resulta que los hombres de todas condiciones y estados han de conformarse con la vida de Jesucristo para llegar á donde él está.

Pero el que sigue á Jesucristo no solamente tiene la seguridad de subir un dia al Cielo, sino que áun en esta vida experimenta sus consuelos paternales, que le consuelan en medio de sus mayores aflicciones. ¿Cuál es, pues, la vida del justo? Si por una parte Dios permite que sufra tribulaciones y amarguras, por otra le da consuelos que le hacen vivir alegre y contento en medio de sus penas. Sí, la Religion divina es la única que puede dulcificar las amarguras de la vida, porque no se para á contemplar la felicidad del mundo, sino qne pasa más allá y se remonta hasta las inefables delicias del Cielo. Por eso la Religion divina comunica al corazon del justo atribulado un

inesplicable consuelo que le hace llevar con paciencia, con resignacion, todas las miserias humanas La misma Religion se encarga de repetir las palabras de Jesucristo. Yo soy el camino, la verdad y la vida; sigue sus pasos para ser feliz por toda la eternidad. Pero si grandes son los consuelos que la Religion suministra en la vida, mucho más grandes son los que concede á sus fieles hijos en el último trance, en aquel trance en que la vida se apresura á ceder su lugar á la muerte.

Consuelos de la Religion en la muerte.

En aquella hora solemnemente fatal en que todo nos abandona, hasta nuestros más allegados y amigos, es cuando la Religion se acerca más á nosotros y se apresura á derramar sus consuelos á fin de animarnos en tan duro trance para caminar con valor hasta llegar á las hermosas playas de la gloria. Sí, todo lo que la Religion hace en aquella hora, llena de consuelo y alegría el corazon del justo.

La primera diligencia es poner á la vista del enfermo la imágen de Jesucristo crucificado para que se anime con su ejemplo á sufrir con paciencia y resignacion sus padecimientos. Y, ¿nada dirá al corazon del enfermo aquel Dios amoroso que por nosotros se entregó á la muerte? ¿No recibirá un gran consuelo al ver que aquel Dios infinitamente santo y bueno irá muy pronto á visitarle y á colmarle de sus gracias? Este Dios infinitamente misericordioso, con un lenguaje elocuente, hablará al corazon del enfermo y le dirá: anímate, hijo mio, á vista de lo mucho que padecí yo por tí; sufre con resignacion, recibe la muerte como extipendio propio del pecado, no desfallezcas, pues aquí estoy yo para socorrerte, sírvate de consuelo el verme pendiente de esta Cruz por tu amor.

La Iglesia, nuestra tierna y cariñosa madre, cuanto más el enfermo se aproxima á la muerte, tanto más se aproxima ella á su cabecera para llevarle todos

los consuelos que una Religion divina tiene reservados para aquel duro trance. Despues de haberle administrado el Santo Sacramento de la Penitencia, y despues de haber fortificado su alma con el pan de los ángeles, aún le queda otro Sacramento reservado para cuando el enfermo va aproximándose á los umbrales de la muerte; pero aún no concluyen aquí los cuidados y desvelos de la Iglesia en favor de aquel hijo que está próximo á salir de este mundo: esta tierna madre redobla su celo y no le abandona hasta conducirle hasta las puertas del Cielo. ¿Quién no se siente lleno de gratitud á vista de las paternales atenciones y los poderosos auxilios que la Religion prodiga á sus hijos en el último trance de su vida? Venid y contemplad al cristiano moribundo, asistid á un espectáculo de que todos hemos de ser objeto algun dia, veamos por un lado á aquel desterrado que va á dejar la vida, y por otro veamos á la Religion cómo anima y consuela á aquel hijo, fran-

queándole el terrible paso del tiempo á la eternidad.

Llega el Sacerdote, Ministro de la Religion santa, y, al entrar en el aposento, lo primero que hace es saludar á todos los de la casa, en los mismos términos que el Señor lo hacía cuando aparecía en medio de sus Apóstoles diciendo: ¡La paz sea en esta casa y en todos sus moradores! Y sobre todo esto, ¡oh! pobre enfermo, pues yo soy el que vengo, tu amigo, tu hermano, tu salvador y tu médico. Al efecto deberá es ar preparada con anticipacion una mesita en un lugar conveniente, cubierta con un paño blanco, y encima una imágen de Jesucristo crucificado, dos candeleros con velas encendidas, y un plato con siete ú ocho copillos de estopa para limpiar las unciones. En esta mesa deposita el Sacerdote los Santos Óleos, y tomando el Crucifijo se lo da á besar al enfermo; dulce ósculo que el amigo celestial da á su amigo afligido para confortarle, presentándole las llagas que re-

cibió por su amor. ¡Qué consuelo experimentará el enfermo á vista de un objeto tan interesante como es la imágen de Jesucristo crucificado! Vuelve el Sacerdote á la mesa, y rociando con agua bendita al enfermo y á los asistentes, reza en nombre de aquél la oracion penitencial diciendo: Rociadme, Señor, con el hisopo, y seré purificado; lavadme, y quedaré más blanco que la nieve. Luégo, dirigiéndose al mismo, ruega al Señor que aleje del enfermo el espíritu de tinieblas y que envíe en su ayuda los Angeles buenos, y despues que el enfermo ha hecho confesion de sus faltas, recitando el *Confiteor* ó Confesion general, implora en su favor gracia y misericordia, y encarga á los presentes que no se olviden de su hermano, pues está abierta una gran lucha, y conviene á todo trance salvar aquella alma, á quien el demonio trata de arrebatar.

Purificado el enfermo por medio del agua bendita, y excitados en su espíritu

los debidos sentimientos de contricion y compu icion, el Sacerdote se pone á practicar las sagradas unciones en los sentidos del enfermo para regenerarlos, purificarlos y santificarlos por la gracia de Jesucr'sto, en virtud de la cual se perdonan los pecados veniales, se sanan las enfermedades del alma, se limpian las reliquias del pecado, y á las veces da salud al enfermo si le conviene. La señal de la Cruz que el Sacerdote hace en cada uno de los sentidos del enfermo, hace huir al demonio, y se hace débil ante aquella tremenda señal que venció al mundo, al demonio y á sus potestades. Los combates y tentaciones del enemigo son ménos fuertes, y el enfermo se fortalece para vencerlas.

Concluidas las unciones, el Sacerdote, volviéndose hácia el enfermo, dice: El Señor sea contigo; y luégo sigue rezando una oracion fervorosa por la cual suplica al Dios de las bondades se sirva obrar en su siervo todos los efectos maravillosos

de este Sacramento, tanto en el alma como en el cuerpo.

Si al cabo Dios se resuelve á llamar á este hijo desterrado; si por fin va á sonar su última hora, la Religion tiene nuevos consuelos que prodigar al enfermo proporcionados á la triste situacion en que se encuentra. Es verdad que la enfermedad avanza y está próxima á abrir sus puertas á la muerte; pero tambien es cierto que la Religion avanza en sus consuelos, y abre las puertas del Cielo á aquella alma que muy pronto habrá volado á la eternidad. Entónces el Ministro sagrado acude de nuevo, y colocado al lado del enfermo, que yace tendido en el lecho del dolor, rodeado de una familia desolada, reza por su hermano las tiernas y sublimes preces de la recomendacion del alma.

No es capaz de expresar la lengua humana todo lo que esta oracion tiene de divino. Solo el corazon puede sentirlo. Oidla, sino. Aquel mismo Sacer-

dote, tal vez el que recibió al hombre á su entrada en la vida; el que lo sostuvo en el discurso de la misma; que lo levantó en sus caidas; que vigiló todos sus pasos, no le abandona tampoco en el trance supremo. Antes, viendo que el mundo acaba para aquel desterrado y que se le abren las puertas de la eternidad, dirígese á todos los habitantes de la sublime mansion, y por medio de una expresiva letanía llama á cada uno por su nombre á que salga al encuentro de aquel hermano moribundo. No pudiendo dudar de la proteccion omnipotente de los Santos, da la señal de partida al enfermo con estas solemnes palabras: Sal, alma cristiana, sal de este mundo en el nombre del Padre omnipotente que te crió; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por tí; en el nombre del Espíritu Santo, que en tí fué derramado; en el nombre de los Angeles y Arcángeles, tronos y dominaciones, principados y potestades, Querubines y Serafines; en

el nombre de los Patriarcas y Profetas y de los Santos Apóstoles y Evangelistas, y de los Santos Mártires y Confesores, y de los Santos Monges y Eremitas, y de las Santas Vírgenes y viudas, y de todos los Santos y Santas de Dios; y hoy mismo tengas asiento en la paz de la Santa Sion por el mismo Jesucristo, Señor Nuestro. Amén.

Hé aquí la imponente y magnífica compañía en medio de la cual el cristiano va á pisar los umbrales de la eternidad. ¿Qué podrá temer en tal momento? Todos los deseos de un feliz viaje, todos los votos más tiernos que una madre puede elevar al Cielo, al separarse de su hijo querido, elévanse tambien por la Iglesia en favor de nuestro viajero. Todos los consuelos que la madre puede dar al hijo en una tierna despedida, se dan tambien por la Religion á aquel hijo que está para marchar. Cuanto puede haber de más consolador, se dice al enfermo, y cuanto puede haber de más tierno, se dice á Dios para

que se digne recibir en su misericordia á aquella criatura, obra de sus manos, quien á pesar de sus yerros y flaquezas le confiesa todavía y le adora. Si aún el enfermo no ha espirado, y el alma sigue debatiéndose entre las ligaduras del cuerpo, y las congojas de la agonía, el Sacerdote acude al libro de los grandes dolores, y lee la dolorosa escena del huerto de Getsemaní, para animar al enfermo con la memoria de la agonía de Nuestro Redentor, y para enternecer al Pastor divino en favor de aquella oveja espirante; y... pero todo concluyó ya, acabóse la lucha, marchó el desterrado. Un yerto cadáver es cuanto de él queda en este mundo: ¡ha muerto! En esta ocasion los hombres solo tienen que dar inútiles consuelos, y estériles é impotentes lágrimas que derramar; pero la Religion, ¡oh! la Religion tiene preces y oraciones, auxiliares poderosos que llevados en alas de la fe, acompañan al viajero hasta el Tribunal de su Juez, y no cesarán de elevar su voz suplicante

hasta conseguir que éntre en la eterna Jerusalen.

Aquí solo nos toca formar un deseo: el de poder morir de semejante manera, entre las preces y maternales abrazos de la Religion; pues, ¿quién temerá la muerte, cuando se recibe en el seno de una madre, cuyo último beso nos da la inmortalidad?

Pero no se olvide, que solo experimentan estos consuelos de la Religion, aquellos que han vivido segun las máximas de la Religion, ó aquellos que, llevados de la fragilidad, han pecado; pero arrepintiéndose de corazon han acudido al Sacramento de la Penitencia, y por medio de una buena confesion han lavado sus almas del pestífero veneno de la culpa. Pero, ¿qué pueden esperar aquellos pecadores obstinados que se burlan del Evangelio, que desprecian las máximas de la Religion, que cometen pecado sobre pecado, que no quieren escuchar las saludables amonestaciones de la Iglesia y de repente se hallan constituidos en la

última enfermedad sin haber pensado en ajustar cuentas con Dios? ¡Oh! éstos, léjos de experimentar consuelos, experimentan remordimientos crueles, que les llevan á la desesperacion, pues vuelven la vista hácia atrás y se horrorizan con la consideracion de los pecados que han cometido, y en los que apenas han parado la atencion. Vivamos bien, para experimentar los consuelos que la Religion guarda para sus verdaderos hijos; y si hemos vivido mal, todavía hay tiempo; con una buena confesion se remedia todo, y nos haremos dignos de los consuelos que he referido.

Pero, ¿pensais acaso que los consuelos y oraciones que la Religion prodiga á sus hijos concluyen con la muerte? ¡Oh! no. Ellos siguen al alma, y si el alma está en disposicion de recibirlos, se los da con tanta abundancia, que en medio de sus mayores penas experimenta una alegría inexplicable, una alegría que dulcifica sus dolores y fatigas. Veamos como.

El purgatorio.

La fe nos enseña, que hay un lugar llamado purgatorio destinado por la divina justicia para purificar á las almas, que salieron de este mundo sin dar á Dios la debida satisfaccion de sus pecados. En este lugar se encuentran detenidas aquellas almas hasta que á fuerza de padecer satisfagan por los pecados que cometieron en este mundo.

Es verdad, que si hicieron una buena confesion, se le perdonaron todos sus pecados por graves y multiplicados que fuesen, y la pena eterna que por ellos se había de pagar en el infierno se conmuta en pena temporal, que es la que se paga en el purgatorio.

Así es que, perdonado el pecado por el Sacramento de la Penitencia, aún queda cierta deuda que satisfacer con Dios; esta deuda se ha de satisfacer en este mundo, con penitencias, limosnas, ayunos, y con todo género de buenas obras hechas en

gracia de Dios, y tambien ganando indulgencias; y si nuestras penitencias y nuestras buenas obras é indulgencias ganadas, son suficientes para satisfacer á Dios cumplidamente por nuestros pecados ya perdonados por la confesion, entónces nada tendremos que padecer en el purgatorio; pero como ordinariamente nuestros pecados son muchos, y nuestras penitencias pocas, resulta, que no siendo suficientes para dar á Dios la completa satisfaccion, indudablemente hemos de ir al purgatorio, si morimos en gracia de Dios, á padecer allí terribles tormentos en medio de aquel fuego devorador, hasta que las almas purificadas como el oro en el crisol, puedan subir á gozar de Dios en el Cielo, en donde no puede entrar cosa ninguna manchada.

El purgatorio es una cárcel subterránea y oscura, la construccion de esa cárcel, y las penas que en ella se padecen, son semejantes á las del infierno, con la diferencia en la duracion.

Miéntras los condenados en el infierno sufren los tormentos horrorosos de aquel lugar, sin esperanza de salir jamás de él, las almas del purgatorio sufren tambien los horrorosos tormentos que en él se contienen con la paciencia y resignacion propias de su estado, animadas con la esperanza de salir un dia de aquellas penas para subir al Cielo. Estas benditas almas pueden decir en medio de sus dolores: es verdad que sufro, es verdad que padezco; pero en medio de tantas penas me consuelo con la esperanza de que algun dia han de tener fin.

Para que puedas formar una idea siquiera imperfecta de lo que es el purgatorio, figúrate que visitas una inmensa cárcel, en la cual se hallan encerrados y cargados de grillos gran número de criminales condenados unos á padecer diez años, otros veinte y otros cuarenta, y otros muchos más; figúrate que esta cárcel está cerrada por todas partes sin que puedan divisar un débil rayo de luz; figú-

rate, además, que está llena de un fuego muy superior á todos los fuegos juntos de este mundo, pues es un fuego encendido por el soplo de la divina justicia para atormentar las almas, y figúrate, por último, sumergidas en medio de aquel fuego á las almas que no han dado á Dios en esta vida la completa satisfaccion de sus faltas; y dime si no te horroriza aquel lugar, si no te estremeces al considerar los tormentos que en él se contienen; si no te inspiran compasion las almas que allí se encierran.

Pero acércate á la entrada de esa dolorosa cárcel; y allí verás á las almas de tus amigos, de tus parientes y bienhechores; verás aún más; verás allí á las almas de tus hermanos, de tu padre, de aquel padre que tanto se afanó para darte el sustento, la de tu madre, de aquella madre que te crió con tanto cariño y que tan tiernos ósculos imprimió en tu rostro; allí verás tambien á tus hijos, á quienes criaste con tanto regalo, y

que tanto sentimiento te causó su muerte; ven, y les verás elevar hácia tí sus manos suplicantes pidiéndote algun consuelo para sus penas y alivio para sus dolores; allí están, no por cuatro dias, sino tal vez por muchos años. Aquellas infelices almas privadas de todo consuelo, sumergidas en aquellas negras prisiones, cuyas llaves están pendientes del dedo de la divina justicia, sienten sobre sí mismas el peso de la más terrible esclavitud; allí, rodeadas de aquellas voraces llamas, padecen sin cesar el peso de la divina justicia que se precipita sobre ellas; y en medio de tantas penas y dolores prorumpen en ayes y lamentos, cuyos lamentos y ayes llegan hasta nosotros en alas de la fe que nos los demuestra. ¿Quién, pues, consolará á estas infelices almas? ¿Ellas mismas? ¡Oh! ellas no pueden hacer otra cosa que padecer, porque para ellas pasó el tiempo del merecimiento.

No obstante, la Religion santa en que vivieron; aquella misma Religion que las

asistió con sus auxilios y les dió sus consuelos en todas las penalidades de la vida; aquella Religion que no las abandonó en la hora de la muerte; aquella misma Religion las sigue hasta las cárceles del purgatorio, y le envía en su alivio oraciones y sufragios, que mitigan sus dolores, y abrevian su salida para volar al Cielo. Sí, la Religion católica tiene oraciones, sufragios, indulgencias, ayunos, mortificaciones y limosnas y otras buenas obras que se ofrecen á Dios por el eterno descanso de las almas del purgatorio, y la Iglesia santa no cesa de enviarles sus socorros hasta verlas volar á la celestial Jerusalen. Hé aquí cómo la Religion consuela á esas infelices; pues, ¿qué digo? No solamente las consuela, sino que las alivia en sus penas, y les abre las puertas de la gloria.

Estos consuelos y alivios nosotros mismos podemos enviárselos, pues la misma Religion los ha puesto en nuestras manos para que los ofrezcamos á Dios en alivio

de sus penas. Sí, la Iglesia santa ha puesto á nuestra disposicion sus oraciones, sus sufragios, sus ayunos, sus indulgencias, á fin de que practiquemos estas cosas, no solo por nuestro bien espiritual, sino tambien por el de las almas del purgatorio. De manera que en nuestras manos está el sacarlas de pena. Bien persuadidas están ellas de esta verdad, cuando continuamente se dirigen á nosotros en demanda de oraciones, una misa, un rosario, una limosna nos piden por Dios. Y, no obstante, nosotros nos mostramos sordos á sus gemidos é indiferentes á sus penas. Se derraman lágrimas amargas sobre la tumba de los padres, hermanos y amigos, y apenas han sido metidos en el sepulcro, ya nos olvidamos completamente de ellos, ya no nos acordamos de las penas que padecen acaso por nuestra causa. Y, ¿diremos que tenemos sentimientos de Religion? ¿Diremos que tenemos caridad?

Tenemos grandes motivos para orar por los difuntos: primero, porque en ello va la

gloria de Dios. Segundo, porque son nuestros hermanos, hijos de una misma Iglesia, y objeto de una misma vocacion. Tercero, porque tal vez son nuestros padres, hermanos, ó, por lo ménos, amigos. Y cuarto, porque las almas que con nuestras oraciones llevamos al Cielo, son para nosotros unos poderosos medianeros, que incesantemente ruegan á Dios por nuestra felicidad eterna. Además, estamos obligados á amar al prógimo, y siendo las almas del purgatorio nuestros prógimos, estamos obligados á orar por ellas para sacarlas de aquellas penas y llevarlas á la posesion de Dios, por la que suspiran sin cesar.

¡Oh! ¡Cuán agradable es á los divinos ojos la oracion y limosna hecha por los fieles difuntos! El mismo Dios, que nos ha prometido recompensar generosamente las obras de misericordia hechas con los pobres de la tierra, ¿podrá dejar de recompensar las que hagamos con las almas del purgatorio? Y, si tan agrada-

ble es á Dios la caridad para con el desvalido, ¿cuánto más lo será con aquellas infelices almas? Pues, ¿quién más pobres que ellas? ¿Quién más desvalido? ¿Quién más necesitado? ¡Ah! Que allí no pueden hacer otra cosa en su favor que padecer, sin experimentar más alivio ni más consuelo que el que les proporciona la Religion por medio de sus oraciones y sufragios.

Deseosa la Iglesia de que aquellas infelices almas salgan cuanto ántes de tan lamentable estado, les envía continuamente sus sufragios en alivio de sus penas. Entre todos los sufragios, el más meritorio es el santo sacrificio de la Misa, por ser una viva representacion del sacrificio que Jesucristo consumó en la Cruz por la salvacion de todo el género humano; la sangre vertida por este gran reparador del linaje humano llega hasta las almas del purgatorio por medio del santo sacrificio de la Misa. Y si esta sangre divina fué bastante para borrar los

pecados de todo el mundo, tambien lo es para borrar las manchas con que se hallan ennegrecidas las pacientes almas. Nosotros somos demasiado ricos para acudir en socorro de las almas del purgatorio. Sí, lo repito, somos demasiado ricos; podemos enviarles una Misa sin gran dificultad; podemos ganar una indulgencia y aplicarla en su alivio; podemos ganar un jubileo; podemos hacer una comunion en sufragio suyo; podemos enviarles oraciones, un rosario, un Padre nuestro, una limosna, un ayuno, una mortificacion, un *requiescant in pace*. Todo esto podemos enviarles en su alivio, y de todo esto podemos disponer nosotros, porque la Iglesia santa ha puesto todas estas cosas en nuestras manos, para acudir con ellas á las necesidades, al alivio y consuelo de las almas del purgatorio. ¿Y hay alguno que no tenga estos medios de socorro? No, ninguno; lo que sí hay muchos que no tienen fe ni caridad, y, por lo mismo, no se paran á meditar lo que

hay en el purgatorio, y, por consiguiente, ni á aliviar las penas de aquellas almas.

Si viésemos á nuestros padres, hermanos, amigos, ó á otra cualquiera persona que encerrada en una oscura cárcel, está cargada de grillos, afligida con los padecimientos que son propios de aquel lugar, y nos digesen que un pequeño sacrificio de nuestra parte era bastante para ponerlos en libertad, ¿cuál sería el ingrato que se rehusare á hacerlo? Pues este es nuestro caso. En la cárcel del purgatorio están encerradas las almas de nuestros hermanos en Jesucristo, de nuestros amigos, parientes, ó tal vez las de nuestros padres, en donde padecen sin cesar todo el rigor de la divina justicia. Para sacarlas de aquellas penas bastan pequeños sacrificios de nuestra parte; lo sabemos, y, no obstante, nos negamos á hacerlo; consentimos que aquellas infelices almas padezcan sin cesar unas penas que nosotros pudiéramos aliviarles. ¿Y tenemos fe? ¿Tenemos caridad?

Del fondo de aquella gran cárcel salen tristes lamentos dirigidos á los mortales que nos dicen: «Compadeceos de nosotras, por lo ménos vosotros que sois mis amigos, porque me ha herido la mano del Señor. Mandadnos una Misa, un rosario, un ayuno, una limosna, haced en nuestro favor algun bien: sumergidas en este fuego padecemos sin descanso, y solo esperamos de vosotros el remedio de nuestros males, de vosotros que disponeis de los tesoros de la Religion para comprarnos el Cielo.» Así, pues, la Religion desciende hasta el centro de la tierra, y allí, por medio de sus oraciones y sufragios, consuela á aquellas almas y las libra de sus penas.

Pero aún tiene la Iglesia otro medio de socorrer las necesidades del purgatorio, que son las indulgencias. Este tesoro de riquezas espirituales que Jesucristo nos adquirió con el precio infinito de su sangre reside en la Iglesia, y esta tierna y cariñosa madre, en virtud de la potestad que recibió de su divino fundador, nos repar-

te esos bienes y nos autoriza para que nosotros podamos aplicarlos en sufragio de las almas del purgatorio. Admiremos cuán grande es el celo que la Iglesia desplega en favor de sus hijos encarcelados, y cuán grande el interés que se toma para que salgan de aquel lugar y suban al de las eternas delicias.

Las indulgencias.

La indulgencia es la remision de la pena temporal que se debe pagar en el purgatorio por los pecados cometidos aunque ya perdonados por el Sacramento de la Penitencia. Es de dos maneras: parcial y plenaria. La primera es la remision de la pena que corresponde á la indulgencia, y la segunda, es la remision de toda la pena.

Para comprender mejor lo que son las indulgencias, es necesario saber que todo pecado ha de ser irremisiblemente castigado en esta vida, ó en la otra. Si el pecado es mortal, y se muere en ese estado,